

Índice

Primera edición: Septiembre 2019
Segunda edición ampliada: Octubre 2021

© Ediciones El Salmón, 2021

Título: *El género y los sexos. Repensar la lucha feminista*

Autor: *Lucía González-Mendiondo*

Imagen de la cubierta: *John Table*

Diseño de la cubierta: *Mann & Tolstoi*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa*

Revisión: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: 978-84-121887-6-9

Depósito legal: M-25742-2021

Para pedidos e insultos:

Ediciones El Salmón

C/Elda 18, bajo, 03012 Alicante

contacto@edicioneselsalmon.com

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN (2021).....	9
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	
<i>Una feminista escéptica</i> , Agustín Malón Marco.....	15
INTRODUCCIÓN.....	29
I. FEMINISMO: ¿TEORÍA, IDEOLOGÍA O PRÁCTICA?.....	37
La violencia contra las mujeres: llave para la institucionalización del feminismo.....	42
De lucha política a realidad científica.....	50
II. LOS SEXOS EN TIEMPOS DEL GÉNERO.....	73
El género.....	76
El posgénero.....	83
Los sexos.....	88

III. EL FEMINISMO ANTES DEL GÉNERO.....	93
De la Cuestión Sexual a la Cuestión de las Mujeres.....	98
«La tragedia de la emancipación de la mujer» o la importancia de los ciclos largos.....	102
Algunos fragmentos de «La tragedia de la emancipación de la mujer».....	104
Cabos de los que tirar: leer a Emma Goldman tras más de cien años.....	106
IV. SEXUALIDAD, DESEO Y PENSAMIENTO FEMINISTA.....	109
Eros satanizado.....	121
V. EL VICTIMISMO NO NOS EMPODERA.....	137
VI. REFLEXIONES FINALES: DIFERENCIA, DIVERSIDAD Y SINGULARIDAD.....	157
Bibliografía.....	165
Notas.....	175

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Ya han pasado dos años desde que se publicó *El género y los sexos. Repensar la lucha feminista*, y su acogida ha resultado ser mucho mayor de lo que esperaba. Tanto que en Ediciones El Salmón se han decidido a reeditarla, y yo me arrepiento de no haber dedicado más tiempo a su redacción, de no haber puesto más cuidado en la selección de los textos y no haber incluido algunas explicaciones más detalladas.

Ciertamente, no esperaba mucho del libro. No se me había ocurrido pensar que pudiera tener tan buena acogida; estoy más acostumbrada a las críticas negativas y la censura, a que se me tache de «enemiga del feminismo» y se tergiversen mis palabras. Así que las críticas positivas, las entrevistas, las invitaciones a impartir conferencias y los correos de agradecimiento me han pillado completamente por sorpresa. Es agradable: no está nada mal que de vez en cuando reconozcan tu trabajo, pero no por ello deja de ser extraño. Se agradece y, al mismo tiempo, da mucho que pensar.

Ya han pasado dos años y, en lo que atañe a los sexos y sus relaciones, en el espacio político y social han ocurrido algunas cosas que merece la pena comentar.

En primer lugar, la propuesta de Ley de Libertad Sexual a la que aludo en el libro se ha transformado en la llamada Ley del «sólo sí es sí», que entró en vigor hace unos meses. Una ley que evidencia el punitivismo por el que aboga el feminismo institucional y hegemónico. Un punitivismo que poco tiene de transformador y que, en nombre de la libertad sexual de las mujeres, reproduce y fortalece la lógica del castigo. La visión conservadora, puritana y moralista sobre *lo sexual*, y el peligro que supone para las mujeres que sostiene esta ley, refuerza viejos roles y estereotipos y nos aleja de la Libertad Sexual que pretende promover.

Por otra parte, en el mismo orden legal, recientemente ha sido promulgada la llamada «Ley Trans», revolviendo el panorama político y avivando viejos fuegos dentro del pensamiento feminista. Considero que esta ley es una victoria para el colectivo trans. Un primer paso, pequeño, pero importante y necesario. No se trata, como bien me dijo una compañera de profesión y amiga, de que las personas trans «puedan elegir quiénes son» sino de que «se les reconozca, de una vez por todas, quiénes son». Era especialmente necesaria una ley como esta para la infancia transexual. Las niñas y niños trans precisan de un marco social, legal y educativo que les permita disfrutar de su infancia y crecer siendo ellos mismos. Ninguna niña y ningún niño debe crecer con miedo al rechazo. En este sentido, celebro la promulgación de esta ley.

Las polémicas suscitadas por el texto de la Ley de Autodeterminación de Género son, a mi juicio, reflejo de un debate mucho más profundo y complejo que lo expresado en tertulias y titulares de prensa y que no se reduce al rechazo de las llamadas feministas *terf* a las mujeres transexuales. La bronca política y

mediática en torno al texto de la Ley Trans sólo es un tenue reflejo del choque entre la teoría de género y el posgénero y, más allá de la transfobia que se desprende de algunas declaraciones, o del supuesto determinismo biologicista de quienes la cuestionan, lo que está sobre la mesa es la cuestión de la identidad y cómo la concebimos. Planteada desde una lógica posmoderna, y desdeñando la biología, esta ley plasma todo un discurso social e ideológico en el que la identidad se ve reducida a un producto de nuestra socialización, un mecanismo de opresión del que debemos liberarnos. La identidad se reduce a una cuestión de roles y cada cual es libre de identificarse con unos u otros según sus deseos y motivaciones puntuales. Esto es, la identidad se concibe como algo que cada quien elige, pudiendo decidir si soy hombre o mujer, o ambas cosas al mismo tiempo o ninguna de las dos. En el combate y la resistencia contra la cis-heteronormatividad y ante la urgencia de reconocer la diversidad de maneras de ser, vivirse y desear, acabamos negando el valor de la identidad al confundirla con la idea de individualidad.

Así las cosas, cuando el feminismo necesita repensarse más que nunca, comenzando por repensar su propio sujeto político, supongo que es normal la buena acogida que tuvo la primera edición de este libro. No porque sea especialmente bueno, que no lo es, o porque diga cosas especialmente originales, que no las digo. Sino porque el feminismo precisa de ideas diferentes sobre la identidad y las relaciones sexuales que le permitan crecer y superar el victimismo y el punitivismo al que parece estar abocado, y, con más o menos acierto, ese es el objetivo de este libro.

Ya han pasado dos años y dos años dan para mucho. Sobre todo, cuando en medio nos pilla una pandemia mundial que manda al carajo un montón de cosas y nos obliga a ser dóciles

con otras tantas, que nos impone unas nuevas reglas del juego, endurece el día a día, especialmente a quienes ya vivían un día a día muy duro, y se lleva tantas vidas.

Comienzo a escribir este prólogo para la segunda edición del libro cuando hace poco más de un año un ictus inesperado, secuela del confinamiento, nos arrebató a Asunción Ubíde. Una pérdida irreparable que ha dejado un agujero inmenso en el movimiento libertario de Zaragoza y en mi barrio, la Magdalena.

Y es que Asun era mucha Asun. Ella siempre estaba cuando y donde había que estar y cuesta asimilar que ya no esté. Con sus ideales, sus convicciones, su conciencia, su cabezonería, su «mala hostia optimista», su poesía y su prosa, su humildad, su sinceridad, su casa siempre abierta, sus guisos y sus recetas, sus ducados y su tinto, su discreción cuando de verdad tocaba ser discreta, su defensa de «lo nuestro y de los nuestros», su sarcasmo y su peculiar risa. Con su feminismo tan sincero, tan coherente, tan sensato, tan de la calle. Con su ANARQUÍA.

A ella, a su recuerdo y a *nuestra familia*, quiero dedicarles esta segunda edición del libro.

Lucía González-Mendiondo

Septiembre de 2021

La feminista escéptica

AGUSTÍN MALÓN MARCO*

* Profesor Titular de la Universidad de Zaragoza, área de Teoría e Historia de la Educación.

Es esta la primera vez que me proponen prologar un libro. No sé si en este caso, o en cualquier otro, soy la persona más adecuada para hacerlo, pero agradezco a su autora, Lucía González-Mendonzo, colega y amiga, su invitación para introducir esta segunda edición de *El género y los sexos. Repensar la lucha feminista*. Fue una sugerencia que acepté inmediatamente, en parte por la amistad que nos une, pero también porque, si me tengo que estrenar en algo, al menos que me lo pongan fácil. En este caso he sido afortunado. No sé muy bien en qué consiste un prólogo, pero creo que, cuando menos, debe incluir algunos elogios a la obra en cuestión y a su autora; y puedo decir que me resulta muy sencillo hablar bien de ambas cosas y animar, con sinceridad, a la detenida lectura de este texto. Una lectura que, creo, resultará agradable, clara y estimulante a quien la inicie; una que le permitirá encontrarse con ideas no sólo interesantes y necesarias en este momento, sino, diría uno, casi urgentes.

Son ideas, además, provocadoras, sobre todo para algunos y algunas menos habituados a aproximaciones alternativas, menos transitadas hoy en día, como son las de nuestra autora. Pero no provoca Lucía por el mero placer de provocar, aunque algo pueda haber de ello, sino porque lo que creo que es un honesto esfuerzo personal de comprensión, le ha llevado a conclusiones que le convierten en heterodoxa en un mundo, como es el de cierto feminismo y el de las instituciones en que ha entrado, que ha acabado resultando rígida y quizá inevitablemente ortodoxo. Desde luego que nos presenta Lucía ideas que son discutibles, opinables o matizables, pero no se le podrá negar que son interesantes, razonables y bien meditadas. A muchos les apetecerá debatir con Lucía tras leer el libro y ella estará encantada, pero que preparen bien sus dardos antes de hacerlo.

Es posible que no haya en este texto nada que no haya sido dicho previamente por otros. No lo sé. Hoy en día es difícil decir nada nuevo y el texto no deja de señalar lo que son sus referentes intelectuales, que van desde Camille Paglia hasta Pascal Bruckner pasando por Elisabeth Badinter y muchos otros, además, claro, de nuestro común maestro Efigenio Amezúa y las propuestas de la llamada «sexología sustantiva» que Lucía pone en diálogo con el pensamiento feminista. Pero, aunque así fuera, aunque no hubiera en sí nada nuevo en este libro, su valor reside no sólo en que vuelve a decir cosas que son importantes, sino en la singular mirada que la autora proyecta sobre esos interrogantes, ideas y controversias tantas veces abordados por muchos otros desde hace varias décadas. En su particular acercamiento, creo yo, se refleja la forma de pensar y actuar de su autora, su particular manera de «estar en el mundo» y que yo caracterizaría, entre otras cosas, por la valentía, la sinceridad, el rigor intelectual, la autoexigencia y la pasión por las ideas, la política, las personas y la vida en general. Incluyendo, claro, su pasión por el mundo de los sexos y sus relaciones.

El género y los sexos puede ser descrito de muchas formas y nos lleva a muchos territorios. Si bien es un libro breve, resulta enormemente rico en ideas, además de ser también enormes, gigantescas cabría decir, las muchas implicaciones que se derivarían de ellas. Apunta lejos, muy lejos, aunque lo haga tocando unos pocos puntos que son ahora seguramente los *esenciales* en el pensamiento feminista. Aborda lo complejo desde la sencillez y rebosa amabilidad para con el lector o la lectora, también para el no especializado, a los que va guiando con mano segura por un recorrido intelectual que, me atrevo a decir, es también el de la propia autora en su evolución como pensadora,

activista y profesional. Es, por otra parte, la combinación de estas tres dimensiones, que ella trata de articular de forma coherente —cosa que a mí me parece más difícil que a ella— en su vida y en sus textos, algo que se percibe en la obra y que la enriquece.

Es también este libro una revisión sintética, lo cual no es fácil, de la ya larga, compleja y rica historia del feminismo desde el siglo diecinueve hasta la actualidad. Un movimiento social que, como la autora nos muestra, ha pasado por muchas fases y paradigmas. Un movimiento que, como es lógico en algo de tal envergadura e importancia, parece que ya no es lo que era pero que, al mismo tiempo, sigue siendo lo mismo. O, digamos, que tal vez *necesita* serlo para poder seguir identificándose como *feminismo*. Quizás es esta la cuestión que, de forma implícita, más directamente nos está poniendo Lucía sobre la mesa. La de cuál es la esencia de ese concepto y en qué medida una u otra de las muchas corrientes teóricas que han sido y son parte de esta categoría son realmente *feministas* o cuáles corren el riesgo de dejar de serlo. En concreto, lo que ella llama el actual *feminismo de género*; un feminismo que, a partir de una cierta idea o, mejor, *ideo-latría* de ese concepto, ha construido toda una visión del mundo de los sexos que, nos dice Lucía, no sólo puede ser destructiva para su convivencia, sino para el propio feminismo.

Es este un libro sobre ideas y, como decía Isaiah Berlin, nunca deberíamos subestimar su poder: «Los conceptos filosóficos engendrados en el sosiego del despacho de un profesor pueden destruir una civilización. [...] Nuestros filósofos, de forma grotesca, parecen no percatarse de los efectos devastadores de sus teorías*». Las ideas y los conceptos, así como las metáforas e

* Isaiah Berlin, *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 44-45.

imágenes con que las representamos, como los rumores, no son fáciles de controlar una vez son puestos en circulación; parecen adquirir vida propia, adoptando en ocasiones formas novedosas y opuestas a las intenciones originales de sus creadores. En este sentido, son muchas las ideas que Lucía va revisando críticamente en este trabajo, advirtiendo de sus manipulaciones, prepotencias y, a veces, peligrosas derivas e implicaciones. Por ejemplo, el problema de un feminismo constructivista que acaba siendo devorado por sus hijos, las derivas de lo *queer* y lo posmoderno. O, más importante aún, el problema de desentenderse de la naturaleza de los sexos para apostar todo a la cultura y su maleabilidad, lo cual nos impediría entender muchas cosas y nos llevaría a generar muchos sufrimientos innecesarios. Entender, por ejemplo, que los sexos tienden a ser distintos, especialmente en esas dos esferas centrales en nuestra existencia sexual que son el deseo erótico y la procreación.

Entre todas esas ideas, hay una que me parece de especial relevancia y que se apunta al menos tres veces, quizá más, a lo largo de todo el libro. Lo hace citando una frase que ha tenido, al parecer, gran fortuna desde que fuera planteada, para acabar siendo uno de esos axiomas esenciales en el pensamiento feminista y en concreto, según Lucía, en esa perspectiva de género aquí revisada. Me refiero a la idea de que «lo personal es político». Esta es seguramente una de las afirmaciones más potentes y de más largo alcance que se ha planteado en la historia del feminismo. Esta idea, que habría marcado un antes y un después en la articulación de ese movimiento social, va siendo revisada por Lucía aquí y allá a lo largo de su obra, exponiendo el sentido o sentidos que tuvo o puede tener dicha expresión, siendo tal vez el más claro el de que nuestra vida íntima, especialmente en

la pareja y la familia, está atravesada —determinada, dirían algunos— por los mandatos y la lógica del patriarcado; lo cual, claro, no es nada bueno, especialmente para las mujeres. ¿Es esta una de esas ideas que pueden destruir una civilización? Quizás ello sea exagerado. No lo sé. Pero es una que, sin duda, ha entrado con fuerza y que merecería un profundo análisis en la línea de las dudas planteadas por nuestra autora. Para empezar porque, bien pensado, es una idea cuando menos chocante que parece decirnos que dos territorios que creíamos separados resulta que están —o deben estar— conectados o, incluso, identificados.

Es esta una idea que, además, podría ser entendida de muchas maneras. Algunas serían más razonables, como, por ejemplo, la de que hay cuestiones personales que pueden tener relevancia social; esto es, que conectan directamente con el problema del *bien común*, uno de los fines fundamentales de la política. Pero otras formas de entenderla no me parecen tan razonables, como lo es la de que todo, incluida la esfera más privada e íntima de las personas, debe estar supeditado a fines políticos superiores. En este sentido, la frase ya no es una descripción de ciertos hechos, sino una especie de mandato que nos impone un *deber ser* que no siempre coincide con el ser ni —nos recuerda Lucía— con los genuinos y más profundos deseos de los sujetos. Creo que era Wendy Kaminer la que escribió, y cito de memoria, algo así como que *si imaginas un mundo sin esfera personal, estarás imaginando un mundo sin refugio*. Estas y otras inquietantes derivas, como las de un victimismo e infantilismo característicos de las sociedades posmodernas, que cierto feminismo se habría encargado de asumir y potenciar, son las que Lucía pone sobre la mesa. No creo que sean consecuencias

buscadas por el feminismo y no sé si son tan reales y extendidas como algunos temen. Pero está claro que son posibilidades que merecen una actitud de sano escepticismo.

Decía antes que, a mi entender, el interrogante fundamental que recorre esta obra es cuál es la esencia del feminismo, esto es, su fin fundamental; al menos a mí, su lectura me ha llevado a pensar sobre ello. La existencia de un fin al que el feminismo no pueda renunciar y que le permita hablar de la existencia de una misma corriente de pensamiento y lucha social, a pesar del paso del tiempo y de sus obvias mutaciones. Se reconoce Lucía como feminista y señala que sigue identificada con los fines de esta lucha, pero no tanto con algunos de sus medios que, nos advierte en los primeros párrafos, le parecen problemáticos en gran medida por razones teóricas, epistemológicas. Ahora bien, ¿cuál es ese fin perseguido por el feminismo con el que Lucía se sigue identificando y que, cree, está siendo traicionado por esa teoría del género y el feminismo de la igualdad hoy mayoritarios? La cosa es más compleja de lo que en un principio podría parecer. Son muchas las posibles formulaciones de ese objetivo que se presentan como idénticas o armonizables pero que quizás no lo son.

Dice Lucía en las primeras páginas que el objetivo del feminismo es, a su entender, «la libertad e igualdad social entre individuos sexuados», añadiendo, a continuación, lo que es una de las afirmaciones más claras y repetidamente expuestas a lo largo de toda la obra: que «el actual feminismo institucionalizado de género no tiene nada de liberador». Ahora bien, ¿tiene algo de *igualador*? Porque si la razón de ser del feminismo es la igualdad *entre* los sexos, además de la libertad de las personas —entiendo que la misma libertad para todos y todas, independientemente del sexo de cada uno—, el problema pasa a

ser decidir qué valor priorizar, si el de la libertad o el de la igualdad; o cómo armonizar ambos, algo sin duda siempre problemático. Puede que, para ser iguales, debamos dejar de ser libres. Y, si nos permiten ser libres, quizás no queramos ser iguales. O que, algunos no quieran ser libres ni tampoco iguales. O, por ejemplo, otra tensión inevitable, ¿cómo compaginar dos objetivos del feminismo que a menudo se citan como si fueran lo mismo cuando no lo son? Si el fin de la lucha feminista es mejorar la situación de todas las mujeres, no puede serlo el luchar contra cualquier trato injusto contra alguien por razón de ser de uno u otro sexo. El problema es que, para mejorar la situación de *todas* las mujeres, puede que haya que cometer injusticias contra, al menos, uno de los sexos.

Este es el quid de la cuestión; o uno de ellos. Y habría que ver cómo se interpreta cada uno de esos fines y cómo se relaciona con otros valores como el de la seguridad. El feminismo dice perseguir estos y otros muchos objetivos, además de introducir a menudo nuevos conceptos y fines —el ecologismo, el anticapitalismo o la ideología de izquierdas— hasta el punto de que, al final, pareciera que el feminismo podría resolver o explicar todo porque todo se deriva o se explica desde el patriarcado. Y esto es lo que Lucía, creo que acertadamente, nos está queriendo decir: el feminismo tiene su razón de ser, la ha tenido y quizás siempre la tendrá, pero su razón de ser no puede ser salvar a la humanidad ni resolver todos sus problemas. Igual que tampoco puede resolver muchos de los problemas que hay en las relaciones entre hombres y mujeres, en especial en nuestra esfera más personal, más íntima. Nos está sugiriendo Lucía, y allí está su herejía, que, ¡oh sorpresa!, no todo lo *malo* que pasa entre hombres y mujeres es reflejo del patriarcado, del machismo y de un —para

mí— todavía misterioso y poderoso impulso que tendrían supuestamente todos los hombres por *dominar* a las mujeres. Y, claro, tampoco todo lo *bueno* que pasa entre hombres y mujeres —si es que algo de eso hay— se deriva de los, por otro lado, bienvenidos y muy justos cambios que, gracias a la lucha feminista, se han dado en el último siglo.

Estas son quizás algunas de las razones por las que el feminismo les resulta a muchos —y a muchas— tan antipático. Un feminismo que imagina un mundo tal vez muy justo y perfecto, pero a menudo muy poco atractivo. Un mundo quizás absolutamente igualitario entre hombres y mujeres, pero a costa de anular lo que para muchos hombres y, sí, también para muchas mujeres, da sentido a la vida, la hace agradable, estimulante, intrigante, emocionante, placentera y merecedora de ser vivida. Un mundo utópico, pero donde, al parecer, no tendrían lugar ciertas tradiciones, costumbres, creencias, prioridades, que hacen del mundo ser, para bien o para mal, lo que es. Un mundo incluso irrealizable, al menos a partir del actual. A veces pienso que uno de los problemas del feminismo, del feminismo aquí analizado, es que tendría que acabar con todos los adultos y comenzar otra vez de cero con los niños de más corta edad. Sólo así podrá hacerse realidad de un modo pleno su futuro imaginado. Un futuro donde, me temo, no caben los actuales deseos de muchos hombres y, sí, también de muchas mujeres que *no desean lo que deberían desear**.»

* Esto no significa, por supuesto, que el feminismo y cualquier otro movimiento social, dentro de ciertos límites legales y éticos, no puedan influir en la sociedad y suscitar nuevos deseos, valores, creencias, prioridades, etc., pero no deberían hacerlo utilizando ciertas retóricas, recursos y espacios.

Así lo sugería la filósofa británica Janet Radcliffe en los años ochenta en un librito* que he recuperado de mi biblioteca en estos días mientras escribía este prólogo que, tranquilos, ya me dispongo a terminar. Un libro con muchas similitudes con el de Lucía y cuyo título, *The sceptical feminist*, bien podrían compartir. Un libro publicado a comienzos de los años ochenta cuando, según se deriva de su lectura, todavía era posible hablar bien y en profundidad sobre feminismo sin necesidad de utilizar en ningún momento la palabra género —*gender*— y sí el término sexos —*sexes*— para referirse a los hombres y las mujeres. Pero, aunque el concepto de género como tal no aparecía, en esa obra se observa que ya entonces se habían sentado las bases de ese feminismo que Lucía analiza con espíritu tan crítico como constructivo. Ese feminismo que ahora, cuarenta años después, con sus oportunas adaptaciones, se ha impuesto como el único *moralmente* válido. Un feminismo sostenido en la creencia de que posee una verdad moral incuestionable que, como bien va explicando Lucía, ha llevado a que el dogmatismo haya sustituido al pensamiento libre y razonable. Y, así, para terminar, permítanme que cierre estas consideraciones traduciendo íntegramente el primer párrafo del libro de Radcliffe que, creo, recoge a la perfección lo más valioso que hay tras *El género y los sexos*.

Este libro es una batalla entre dos frentes. Por un lado, es una intensa discusión con muchas de aquellas personas que creen que no hay suficiente justificación para la existencia de un movimiento feminista: aquellos que creen que las demandas de igualdad con los hombres por parte de las

* Janet Radcliffe, *The Sceptical Feminist. A Philosophical Enquiry*, Middlesex, Pelican books, 1982.

mujeres estaban equivocadas desde el principio, que ya las han alcanzado o que las mujeres están mejor que los hombres. Por otro lado, está igualmente en contra de una buena parte de los dogmas y prácticas habituales del feminismo. Con toda la fuerza de lo que es su causa fundamental, las feministas a menudo la debilitan perdiendo los más sólidos argumentos que hay para sostenerla, permitiéndose a sí mismas verse enredadas en cuestiones sin sentido o insistiendo en hacer parte integral de la causa feminista ideas que son tan irrelevantes como probablemente falsas, o que, en realidad, van contra los intereses de las feministas y, a menudo, también del resto del mundo. Si los argumentos que van a ser aquí presentados tienen éxito en su intención, el feminismo emergerá de esta indagación como necesariamente radical, pero con fundamentos más sólidos, menos vulnerable a los ataques y, al mismo tiempo, con una mayor aceptabilidad general de la que tiene en estos momentos.

A Jara

No sé si Lucía lo ha logrado, pero este es el espíritu que impregna este librito que termino aquí de prologar y que, esperamos, Lucía, no sea el último.